

Boustrophilia

Roberto Ráez



ediciones la luz
holguín, cuba, 2020

Jurado

Mariela Varona
Rubén Rodríguez
Adalberto Santos

Edición: Elizabeth Soto
Diseño: Roberto Ráez
Fotografía de cubierta:
Diagramación: Elizabeth Soto
Corrección: Mariela Varona

© Roberto Ráez, 2020
© Sobre la presente edición:
Ediciones La Luz, 2020

ISBN 978-959-255-

Ediciones La Luz
Calle Maceo No. 121 altos
e/ Frexes y Aguilera
Ciudad de Holguín, Cuba
CP: 80100

Teléfono: 24 423902 - 24 429181
e-mail: edicioneslaluz@baibrama.cult.cu
http://www.edicioneslaluz.cubava.cu
facebook: edicioneslaluz.cubava.cu

Vagamente veo títulos, oigo charlas...

ANDRÉS FAVA

Desde que comenzaron con la onda literaria, yo sabía que iban a terminar cagaos. César por payaso y Santiago por seguirle el juego.

El tipo de mi talla (aquí talla debe funcionar como sinónimo de historia) se llama César Ávila. Así de simple, no es contundente ni rimbombante, pero es de lo más pegadizo, así que no vas a tener que volver sobre lo leído cuando se te olvide ni nada de eso, nada más recuerda que se llama, o se llamaba (ahora mismo no sé nada) César Ávila.

La idea nunca fue llegar a la cima. Ni siquiera acercarse. Así que iban bien.

Trataban de impresionar más que escribir. Parece que el objetivo era que, a donde fueran, los sacaran a patadas

por el culo. La cosa era sencilla en realidad. Gritarle al imbécil que conducía *tú no sabes nada de Schopenhauer*, y ya. Fuera. El tipo se empingaba porque era verdad. Ellos sabían que era verdad y entonces venía el portero con cara de caerles a golpes.

No es que fueran los que más leían. Lo que se dice lectores, nunca fueron grandes lectores. Más bien imitaban lo primero que leían. Si Guillermo Rosales decía *mi sangre*, ellos salían corriendo a transformar el epíteto. A cambiar el rumbo de la cosa en sí.

Era como un juego.

Querían ser la vanguardia y la antivanguardia, estar en contra y a favor a la vez.

Par de comemierdas.

Así les decían en los talleres.

Y en las lecturas.

Y en la escuela.

Nadie les hizo caso. Eran la versión caribeña de Ignatius J. Reilly. Lo que divididos en Ignatius J. César y Santiago Reilly. Dos perfectas caricaturas del mainstream literario provinciano.

Y no les preocupaba. De eso se trataba.

Así lo ponía el manual.

El Manual de redacción para disidentes y asociados era invento de César. Lo sacó de un manual rosacruz de su abuelo que se estaba quedando sin páginas. Lo había encontrado una noche que pasé con Santiago por su cuarto.

Y la verdad es que no tenía sentido, pero funcionaba. De alguna manera rara y mística, funcionaba. No en el sentido estricto en que funciona un Manual de redacción. Pero funcionaba. Se aprendía más ahí que en cualquier taller de la ciudad.

Santiago le decía *asere este invento es tremenda talla* (aquí talla debe funcionar como sinónimo de historia) y César trataba de recitar un capítulo del Manual sin poder conseguirlo.

Entonces se lanzaban a los talleres. A buscar la patada en el culo.

César trataba de ser lo que para las jevitas era el arquetipo de un macho sensible. Les recitaba poemas de Leopoldo María Panero y después les pedía dinero para comprar ron. Al final terminaban casi siempre en casa de la jevita. Con tremenda borrachera.

Creo que así se pasaron un tiempo, tratando de impresionar a las jevitas pseudointelectuales más impresionables del mundo.

Con un poema cursi.

Con un párrafo mal escrito.

Con cosas pasadas de moda.

Hasta que César se obsesionó de verdad con el Manual. Y entonces se pasaba veinticuatro por veinticuatro hablando bobería del manual. Que si el Manual dice esta mierda, que si dice la otra. Yo sabía que estaba en talla (aquí talla debe funcionar como sinónimo de lo correcto), pero de

verdad que tenía hasta los cojones a todo el mundo con el Manual.

Yo trataba de no hacerle caso, pero un tipo que se pasa el día hablando de lo mismo puede llegar a ser tan molesto como los anormales que los sacaban a patadas de todos los lugares.

Ahora que lo pienso, si trato de escribir sobre César es porque él era raro. Bueno, los libros se escriben sobre gente rara, ¿no?, o mejor, sobre gente idiota.

Y la verdad, éramos un poco idiotas en ese entonces. Todos.

Santiago, César y yo.

Tres versiones de la misma porquería. Mierda. No recuerdo quién dijo que el platonismo solo pudo inventarlo alguien con las tripas rellenas de mierda, pero esa frase nos retrataba.

La cosa es que al final, lo mejor era dejar que corriera el río. Olvidarse del asunto de escribir. Conseguir un trabajo y crecer. Dejar la comedera de mierda adolescente.

Cuando les dije esto, César dejó de hablarme. Pero ni Santiago ni yo queríamos dedicarnos a esto en serio. La culpa es de César, que se comió el cuento que él mismo se inventó.

Por eso terminó donde tenía que terminar.

Y entonces uno se pregunta dónde tenía que terminar y yo voy a decir en el punto final.

Lo difícil es saber dónde está el punto final.

El punto final no existe. No puede existir.

Nunca hay un cierre total.

Esto me recuerda cuando leí por fin las cosas de César.

Santiago vino a verme con el libro impreso. Hacía más de cuatro años que no nos veíamos, que no sabía absolutamente nada de él ni de lo que había hecho para poder virar. Todavía estaba molesta con él por dejarme. Se había ido sin decir nada. Le dije que no me iba a leer el libro. Que no me interesaba. Que de todos modos, hacía tremendo rato que no veía a César.

Lo despedí en la puerta, no lo dejé pasar. No lo dejé ni hablar.

Esa misma tarde fui al Café de 9na e Independencia, me escondí en una mesa apartada, pedí café y leí por primera vez el libro de César. Si cuando te sirven el café, en vez de echarle azúcar sacas un poco en la punta de la cuchara y te pones a hacer dibujos en el mantel, la gente dice que eres una anormal, una comemierda, una mongólica, y te dicen *niña no seas comemierda, tómate el café que se enfría* (anormal, mongólica y comemierda deberían funcionar como sinónimos de rara).

Lo primero es olvidarte de la competencia. Eso. La competencia no existe. Ni los genios. Olvídate de Martí. Ese era un genio. Nadie te va a enseñar cómo escribir algo que sirva en los talleres. Ahí no leen a Martí ni creen en los genios.

Por consejos como este es que uno comienza a dudar cuando va a subir las escaleras. Si quieres, tómallo como una advertencia. Si quieres, ni sigas leyendo. Solo llévate esta idea: El taller literario no es para los duros de verdad.

Porque lo que hay que hacer cuando quieres escribir algo con cierta calidad es correr hasta un grupo de amas de casa aburridas. Regalarles tu frase favorita a niñas que se creen la reencarnación de Patty Smith. Las niñas vienen incluidas en el paquete literario.

La verdad es que Tania no tiene la culpa de todo.

La verdad es que la noche de los yumas no andaba con ella. Andaba con Celia.

La verdad es que, a veces, uno ni sabe para qué cuenta las cosas como si fueran importantes.

Se supone que ese día íbamos al cine, pero como Tania ni se apareció y yo tenía tiempo libre fui al taller porque nunca había pasado por un taller literario. Ahí conocí a Celia.

La versión beta.

Eso no lo sabía desde el principio. Ni eso ni que íbamos a terminar explicándole a la policía por qué Alberto tenía la culpa de todo.

Pero a esta altura ya terminaste de subir las escaleras, te presentas y entonces eres parte del grupo. Si organizas de forma alfabética los nombres de los que vinieron esa vez, la lista quedaría más o menos así.

Celia.

El contador de empresa.

El hada de la virginidad.

El otro contador de empresa.

El socio de los finales felices.

La abuela superaburrida.

La imitación barata de Corey Taylor.

La vieja de los dientes negros.

Esta lista es la que se conoce como el grupo. Todos dicen que la verdadera literatura nace de la carroña. Como la de Baudelaire. Algunos traen su material en

Si las cosas se ponen un poco aburridas, la imitación barata de Corey Taylor comenzará a contar la historia de la local y la mosca; es una historia que hace en todos los talleres, creo que para impresionar.

Eso fue lo primero que me dijo Celia.

Si la imitación barata de Corey Taylor se tatuara su frase favorita en la frente, diría *lógicamente*.

Y a partir de este párrafo, ya estoy jodido.

El contador de empresa dice que no trajo nada para leer. Mentira. Solo agradece. Si se tatuara su frase favorita en la frente, diría *un poco que*.

El tipo, es decir, el contador de empresa, sale en cuanto el socio de los finales felices dice que alguien tiene que comenzar. El socio de los finales felices fue quien organizó el taller.

Antes de que alguien lea, el socio de los finales felices dirá algo sobre dos cosas importantes, lo verosímil y lo necesario. También se pasará la mitad del tiempo hablando de la relación entre escenas y resúmenes. Si se tatuara su frase favorita en la frente, diría *en ese sentido*.

Se supone que todo el mundo debe aceptar lo que diga el socio de los finales felices. Él es el jefe. El que sabe. Bajo su tutela está la verdad literaria. Si no eres capaz de digerir esta idea, lo mejor será que la taches del texto. Puedes hacer eso. O puedes bajar las escaleras.

Después de la charla, la abuela superaburrida pide que la atiendan. Que trae un texto.

Esta es la parte que nadie soporta de los talleres literarios. La parte de la súplica de atención. Ahí es cuando uno se da cuenta de la importancia de recibir clases de actuación antes de enfrentarse a un taller literario.

La abuela superaburrida se cree una gran guionista. Trae la cara llena de una pasta que intenta pasar por maquillaje. La abuela dice que lo hizo ella misma. También dice que lo más impresionante de su relato es la relación simbólica entre el tacón y la homosexualidad de su personaje principal. Si se tatuara su frase favorita en la frente, diría *y yo creo que*.

Mientras la abuela está leyendo su decimonovena declaración de amor en prosa, que ya no conmueve a nadie, Celia sale a fumar al balcón. Y luego yo. Detrás de ese culo.

Le digo *regálame un cigarro*. Y después ella dice *desde cuándo escribes, qué escribes, y no te preocupes, esto es como ver una serie cómica*. Aquí nadie viene para convertirse en escritor ni nada que se le parezca. Si hasta se pueden escuchar las risas enlatadas cuando terminan de leer.

A esta altura, ya deberías saber que Celia será como perder el tiempo, que terminará pensando que eres un vago y un comemierda. Es más, no solo lo pensará, también lo escribirá en un cuento y lo traerá al grupo. No sé, quizás le ponga *Lectura de poesía* o algo de eso.

Todo está tipificado en el Manual de redacción para disidentes y asociados.

Solo tienes que revisarlo de vez en cuando.

Nadie está escuchando a la pobre abuela superaburrida.

Y el cigarro se acaba.

Mientras tanto, lo único que puede hacer la vieja de los dientes negros es reírse y ser condescendiente con los demás. Cuando la abuela superaburrida termina de leer, la vieja de los dientes negros le dice *tu relato está bueno. Me gusta eso de que la niña al final sea una extraterrestre. Tu estilo se siente muy cinematográfico. Felicidades.* Y dos o tres idioteces parecidas. Si se tatuara su frase favorita en la frente, diría *o sea*.

Para cuando volvamos adentro, el hada de la virginidad comenzará a leer un poema sobre tres pichones, sin saber nada del cuento de Onelio Jorge Cardoso. Tiene el pelo color cucaracha albina, y cuando termine de recitar su poema, el socio de los finales felices le dirá que le falta leer mucho. Mucho en este caso es un eufemismo. Eso sin hablar del lenguaje. Es una de esas tipas que te hacen desear no haber eyaculado jamás. Si se tatuara su frase favorita en la frente, diría *eh, bueno, sí*.

Lo que uno no sabe de antemano es que cuando el socio de los finales felices falta a la cita, la imitación barata de Corey Taylor ocupa su lugar dentro del grupo y le pregunta a la vieja de los dientes negros por lo último que leyó. Es uno de esos tipos que te hacen desear tener un AK-M en ese momento.

El otro contador de empresa trajo un cuento sobre la violencia. Hay mucha violencia artificial en el cuento.

Pero nada de ofensas ni de cojones. Es un tipo promedio. Si se tatuara su frase favorita en la frente, diría como ya bien decía mi colega.

Estos tipos no saben nada del Manual de redacción para disidentes y asociados. Lo mejor es que dejen de intentarlo por un tiempo.

Nunca han visto los gusanos creciendo en la carne. No discuten con la policía ni nada que se le parezca.

Mierda.

Eso es lo que sale de sus bocas. Cuando despliegan su mensaje A4. A 210 x 297. Mierda.

Celia dice que quiere ver lo que traje. Y le digo que no traje nada. Según el Manual de redacción para disidentes y asociados, esa es la respuesta para situaciones así.

Pero, a esta altura del relato, ya estás sentado frente al grupo, y comienzas a leer un cuento que no van a entender, porque aquí nadie consume ese tipo de material.

Menos Celia. Entonces comienzo a leer uno de mis primeros cuentos que se llama La otra y que habla de un tipo que está al borde de despingar a su novia porque ya no le hace caso, él intenta tocarle la mano, así como para hacerse notar, pero ella se la quita, le dice por favor no, y entonces Él no sabe cómo aguantar las ganas de meterle la cabeza contra el desayunador, de apagarle el cigarro en un ojo.

Ella tiene una relación por el teléfono con otro tipo que en el cuento se llama El otro y que le promete besos y flores amarillas. El otro es demasiado real, más real que él, más real incluso que ella, entonces ella se pasa el

día pensando en el otro mientras él sufre sin saber por qué, o por lo menos sin querer darse cuenta.

Hay una parte donde él corta con el tenedor las frituras que ella preparó en la mañana hasta que le vuelva a la cabeza la posibilidad de apagarle un cigarro en el párpado. Entonces sale del comedor, sintiendo el fracaso como una mariposa oscura escondida tras la puerta (tremenda metáfora, ¿verdad?).

Para cuando termine de leer, el hada de la virginidad no podrá decir nada, el socio de los finales felices ya se habrá ido y la vieja de los dientes negros no será capaz de ser condescendiente conmigo. Estas situaciones están bien descritas en el Manual de redacción... Te explica cómo enfrentarlas.

Paralelo a la situación del tenedor y la posibilidad del cigarro en el párpado, el otro piensa que ella se parece a la loca del barrio porque es imposible saber qué mira cuando lo mira directo a los ojos. Después viene como un monólogo interior donde el otro piensa que la felicidad es un mensaje en la pantalla del teléfono. Ahí entra entonces la voz de ella que dice que la felicidad es como una canción triste. Como una calle vacía por la que vagan dos perros sin casa.

Y después llega la parte donde ella se esconde en el baño para decirle esas cosas al otro.

Inmediatamente, como para darle más tensión a la talla, él enciende el último cigarro del cuento para llamar por teléfono a la otra.

Y termino.

Y el grupo me mira. Se supone que esta parte del relato se vea como una entrevista plano contraplano. Público. Yo. Público. Yo. Y así.

Niño, pero ese recursito de alterar el tiempo en los cuentos cursis está más que visto, mejor repiensa lo de escribir en futuro. Además, creo que le sobran personajes y eso en un cuento es imperdonable. Otra cosa, tienes que revisar las acotaciones de los diálogos porque no se siente verosímil. Dice Celia...

Más o menos así es como conocí a Celia. Por culpa del taller.

Si no fuera porque desde el noveno párrafo uno ya sabía que, gracias a Celia, va a terminar conociendo a un tipo que se llama Alberto, un perdedor estilo Bukowski, medio necrófilo y politoxicómano; lo mejor sería no haber leído nada.

Pero todo necesita de una justificación.

Si uno lo ve desde cierto ángulo, Celia es una tipa necesaria. Más que Viblian. Más que Tania. Aunque de momento Viblian no sea importante.

Por eso invité a salir a Celia. Para que me complicara las cosas. Para volverme loco. Paranoico. Para obligarme a buscar pastillas. Carbamazepina. Clordiazepóxido. Y ron. Mucho ron.

Nada de esto está contemplado en el Manual de redacción para disidentes y asociados. Pero, desde el principio, uno sabía que las cosas con Celia se pondrían así.

En el suelo no que en el suelo parece un plagio de Carpentier tan francés mejor párrafo eso en el párrafo me gusta estar en el párrafo sobre las letras entre líneas o no ser una línea una palabra necesaria no un adjetivo necesaria como un sustantivo Celia que César me invente con cada letra que teclea ser su puta su invención mejor que él sea mi puta no mejor mi perra que parece más literario siempre pareció más literario decir perra que puta porque una perra duele más que una puta eso soy una invención sin sentido una perra incapaz de diferenciarse de Tania soy Celia la verdadera personificación del neo-noir provinciano más real que Tania según César que lo tecléo en la página nosecuantos y tú ya ni te acuerdas y por eso vas a buscar como loco en unas cuantas páginas para ver si es verdad lo que estoy diciendo en realidad yo soy la única que dice la verdad en este libro porque la verdad es que nadie quiere admitir que al final soy yo quien le dicta estas cosas a César o al otro narrador que intenta ser original y lo único que consigue es ser una copia de la copia de lo que podría ser un narrador no fidedigno y que coño quiere decir ser un narrador no fidedigno y que difícil es teclear fidedigno sin mirar el teclado qwerty de tu laptop a eso de las tres de la mañana ay me cansé y voy a bañarme después sigo